

# ¡Ah,... gringo morondo!

(Cuento)

Los orureños no somos madrugones. Nunca lo fuimos. Esa costumbre de amanecer muy temprano se la dejamos a las culturas agrícolas: o sea a la agriculturas. Las veces que nos topamos con la aurora es cuando, por echar una inocente cana al aire, nos ha sorprendido el alba.

Es lo que les pasó a esos dos jóvenes parranderos que se recogían cuando el rocicler empezaba a colorear el Levante. En llegando al parque Castro de Padilla oyeron rumor de chapaleo en la fuente de bronce que ornaba el lugar, (la misma que hoy se halla en la plaza de La Ranchería). Intrigados se fueron llegando, con mucho tiento, a la asomada y ya cerca... ¡Oh sorpresa! ¿Qué vieron? Pues, ahí mismo, en extraño regodeo psicopatológico, encontrábase nada menos que un bañista en cueros. ¡Sí, señor, aunque pareciera inverosímil, el corito estaba realmente en medio del fluido; a titirones, rozando y enjabonándose!. ¡En esa congelación, a tales horas y en lugar público!...

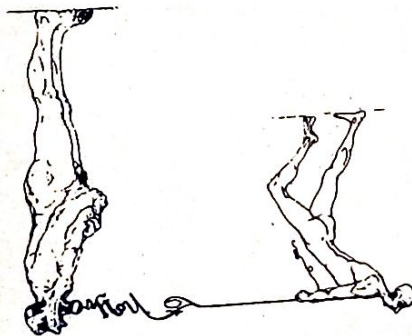
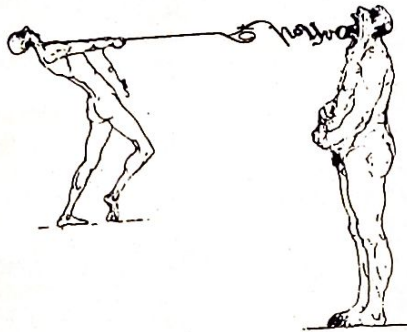
A juzgar por su blancura lívida, el sujeto no era de uso común en este país. Sería alguno de esos extranjeros paranoicos, cuyo delirio cumpunjivo de sentirse constantemente cochambrosos les compele a bañarse y restregarse, cuantas más de las veces tanto mejor.

Al inicio de aquella primera época aún no se había establecido una distribución doméstica, por tanto la tal fontana y alguno que otro lugar, tuvieron el privilegio de recibir los primeros caudales de Jalakeri. Allá por 1889, dicha captación hidráulica fue el triunfo de un insigne francorureño: el Alcalde Carlos Petot. Con inteligencia, tenacidad y valentía, supo vencer sobre la envidia y la oposición de los amargos antiorureños. ¡Dotó de agua potable a la ciudad! De este modo quedaron chasqueados los enemigos de esta tierra, y cesantes, con el curso del tiempo, los inocentes pollinos aguadores de Agua de Castilla que transportaban las aguaderas hasta la ciudad.

Y bien, he ahí los tunantes aguitando o que ocurría bajo los surtidores del gran cuenco ornamental. En esto, nuestra maravillosa campana rompió el silencio matinal con sus amplios, profundos sonos, convocando a los fieles. Ello produjo la alarma consiguiente en el anfibio anglosajón. Preso emergió de la cortina líquida poniéndose afanosamente en busca de su ropa, que la había dejado junto a su bicicleta. La máquina estaba donde mismo... ¡la ropa no, la ropa no! ¡Oh, my God! Poseído de mortal angustia la buscó por aquí, por allá... y nada. ¡Nunca la encontró! Claro, los dos pícaros la habían escondido tras las columnas del Palacio Consistorial, -límite sur del parque- dejando al nudista... dejándolo en..... en el estado en que se encontraba.

¡La hora apremiaba! ¡El día casi en el umbral! ¡Febo a punto de saltar la valla del horizonte! ¡Una fiera decisión: no quedaba otra! Ruedecitas, para qué os quiero. Y tal cual su madre lo echara al mundo - ebúrneo... y sin pañales -, montó en su bicicleta y empezó a pedalear furiosamente a barlovento por la calle Bolívar hacia al Este. La figura marmorosa, a la que el frío había veteado de azul, semejaba algo así como un enorme queso roquefort dinámico y antropomorfo.

Por la transversal calle Colombia (hoy 6 de Octubre) en camino a la iglesia Matriz, para los maitines, iba un pequeño grupo de mujeres jóvenes pertenecientes a la cofradía de Santa Bárbara. Quiso el azar que cuando ellas viraban hacia a su destino, apareciera, acercándose rauda, la forma nada pudibunda



del moroncho.

¡Habéis visto, o imaginado alguna vez, un barco en medio del temporal que lo zarandea y obliga a cabecear? Hay un momento en que cuando se le hunde la proa se eleva la popa. Pues, para colmo de males, ésa era la posición fija del ciclista: la cabeza gacha para hender la atmósfera, y la popa muy empingorotada.

Estas chicas, como la mayoría en aquel tiempo, no conocían este vehículo, de muy reciente introducción en el país. Por supuesto que tampoco habían visto antes un hombre tan escueto; asunto este último que jamás volvería a ser ocasión para algunas de ellas que ya tenían a la vista el noviciado.

Ante tal aparición que además de aligera parecía no tocar el suelo - cosa cierta -, estas buenas doncellas quedaron por un momento confundidas, patidifusas; pero instantáneamente se desencadenó la más bulliciosa y aterradora algarabía. Subió de tono cuando una voz por encima de la baraúnda gritó, calificó y ordenó: "¡Es el diablo! ¡Es el demonio que viene a perturbar nuestra inocencia!... ¡Hermandas, hermandas, no hay que mirarle! ¡Cerrar los ojos! ¡Cerrar los ojos!" Y los cerraron... más no con la presteza exigida por la pudicia: Satanás había dejado flotando el humo del Escándalo, lo que el Escrupulo aprovecharía para deslizarse en las conciencias y crear problemas casuísticos.

El grupo fraterno, con un trotecito in staccato, enfiló jadeante hacia la cátedra parroquial a sacudirse del pecado que, aunque no consentido... ¿o sí?-, para ellas no dejaba de serlo.

Una vez ante el señor cura, lo cercaron. Hablaban atropelladamente y al mismo tiempo expresando cada cual su propia versión del suceso; pero todas coincidían en asegurar que aquella visión pavorosa era el mismísimo diantre.

Condescendiente el presbítero escuchaba; y sonreía entre sí por la simpleza de estas candidas ovejas que acusaban al Malo de haberles provocado tamaña perturbación. Ya les explicaría cómo actúa el Genio del Mal y con cuánta sutileza: nada de andar haciendo el bululú (1) por las vías callejeras y todavía menos en traje de adamita (2).

Pero hubo alguien que estuvo en desacuerdo con el juicio de sus cofrades. Rosalía la marisabidilla del grupo, que andaba chalada con su manía clásicoliteraria, al fin se hizo escuchar: "¡No-dijo-, el diablo no! Aunque a él se le endilgan todas las picardías del mundo, esta vez no me dejé engañar. Yo lo vi cuando iba pasando. Iba reculando, grande, muy mofletudo... y con un solo ojo. Era, pues, aquel que se almorzó bonitamente a unos cuantos compañeros de Ulises. ¡Era Polifemo in puribus naturalibus!" ¡Zas!

Así, una vez más, con tales desvarios se volvía a calumniar a Belcebú, el señor de las moscas. Comidilla de la antigua vecindad por mucho tiempo, hasta llegar su eco a nuestros días, nada pintorescos y tan prosaicos.

(1) *Bululú*. Cómico ambulante que trabaja solo.

(2) *Adamitas*. Secta herética de los siglos II y III. En sus ritos imitaban Adán cuando éste paseaba en el paraíso con su cara costilla, antes de "el affaire de la manzana": por lo tanto, sin la hoja de parra.

Alfonso Ocampo Young

